



¿IDILIO ENTRE LAS EDITORIALES CARALT Y NOGUER?

El rumor no puede ser más sorprendente: parece que Luis de Caralt, editor, va a sucumbir, después de largos años de tenaz soltería, a los hechizos de la Editorial Noguer. Caralt había sorteado hábilmente las asechanzas puestas a su libertad personal, hasta que —si son ciertos los rumores— ha caído ante los encantos de la Noguer, que, hay que reconocerlo, son muchos y excelentes: su madurez de moza maciza, su fecundidad y su fuerza la han convertido siempre en pieza apetecible, pero nada fácil de conseguir dentro de la cinética amorosa de las sociedades.

Por lo pronto, hay algo de cierto que tiene una gran significación: la Noguer ha empezado a distribuirle las cosas a Luis. Eso, como sabe cualquiera, entraña el deligro más grave para un solte-

ro. Cuando el célibe, que suele vivir en el más completo desorden, comienza, tras unos pequeños gruñidos, a gozar de las ventajas del orden, se puede decir que una de sus resistencias está vencida. Porque cuando llegue Caralt a su casita y la encuentre limpia y ordenada y vea qué requetebién la distribuye las cosas la Noguer, ¿no se le pasará seguramente por la imaginación las innumerables ventajas que le reportaría una unión duradera?

No queremos añadir más porque nos desagradaría que una indiscreción prematura malograra un posible idilio. Sólo desear lo mejor para ambos y preguntar a Luis de Caralt: «¿Luis, no pienas que la Noguer bien vale una boda?»

AE



LA VIOLENCIA EN NUESTRAS PLAYAS



Grupos de jóvenes semidesnudos y armados de objetos contundentes se dedican a recorrer nuestras playas, sembrando el escándalo y la violencia por cualquier doquier que pasen. Y nos preguntamos: ¿Hasta cuándo van a permitir las autoridades estos desmanes? ¿O es que vamos a tolerar siempre a esos desalmados que se creen dioses?



UN FRAUDE FARDON, POR AMOR DE DIOS



Se hace necesario gritar con ánimo de reivindicación: **Estamos sin fraudes.** Sí, señor, no hay una mala malversación administrativa de corte escandaloso, ni siquiera vulgares desfalcos notorios a nivel de empresa privada. El país está lleno de míseros atracos a Bancos y a joyerías, de sucios engaños rastroeros. Pero no hay elegancia en el engaño, todo suena a subdesarrollo crónico. Y eso, no. Hemos gozado de momentos de fraude esplendoroso que hay que recuperar; de lo contrario seremos el hazmerreír de los países occidentales.

En España, el porcentaje de inversión pública sobre el total del gasto es del 30 por 100, uno de los mayores del mundo. Luego hay dinero para permitirse fraudes. Y si la iniciativa privada no los proporciona (eso de la declaración de la renta va bien y no hay quién lo pare), que la propia Administración los organice; que para eso está el principio de subsidiariedad.

Recordemos: un país sin fraudes es un país roto. Que no nos releguen. Recuperemos pasados esplendores. ¡A nos el fraude!

O PREGONEIRO

